

Un principito para el siglo XXI. A propósito de *El regreso del joven príncipe* de Alejandro G. Roemmers¹

A Little Prince for the 21st Century. On *El regreso del joven príncipe*
by Alejandro G. Roemmers

PABLO APARICIO DURÁN

Universidad de Granada

España

pabloaparicio@ugr.es

(Recibido: 30-04-2024;
aceptado: 14-11-2024)

Resumen. El propósito de este artículo es (re)evaluar crítica y comparativamente *El Principito* de Saint-Exupéry y a la novela juvenil con voluntad de homenaje escrita por el polígrafo argentino Alejandro G. Roemmers bajo el título de *El retorno de El joven Príncipe*. Se analiza, en primer lugar, en qué contexto se escribe *El Principito* y cuáles son las circunstancias por las que, especialmente en Francia, se consideró durante décadas una obra exclusivamente útil para la infancia tomando en consideración los símbolos y arquetipos que se presentan. A continuación se realiza un análisis comparativo del desarrollo de la trama en ambas y la construcción de los personajes en *El regreso del joven Príncipe* con voluntad didáctica a fin de valorar los puntos de confluencia y de divergencia que se han considerado necesarios para que la obra resulte atractiva al público lector del siglo XXI; finalmente se argumenta la necesidad de incorporar a la realidad de las aulas obras de corte filosófico que se comprometan con valores esenciales y que posean, además, un lenguaje comprensible a fin de que resulten valiosas para desarrollar el pensamiento crítico de las nuevas generaciones de estudiantes.

Abstract. The purpose of this article is to critically and comparatively (re)evaluate *The Little Prince* by Saint-Exupéry and a juvenile novel by the Argentine writer Alejandro G. Roemmers that pays it homage, titled *The Return of the Young Prince*. First of all, this work analyzes the context in which *The Little Prince* was written and the circumstances in which, especially in France, it was considered for decades to be a work exclusively for children, taking into account the symbols and archetypes that the book presents. Next, a comparative analysis is made of the development of the plot in both works, followed by one of the characters in *The Return of the Young Prince*. All of these with a didactic purpose in order to assess the points of confluence and divergence that have been considered necessary for the work to be attractive to the reading public of the 21st century; finally, this work argues that there is a need to incorporate the teaching of such philosophical works that are committed to essential values and that also have an understandable language in order to be valuable for the development of critical thinking amongst the new generations of students.

Palabras clave: *El Principito*; Antoine de Saint-Exupéry; Alejandro G. Roemmers; *El retorno de El joven Príncipe*; novela juvenil; siglo XXI.

Keywords: *The Little Prince*; Antoine de Saint-Exupéry; Alejandro G. Roemmers; *The Return of the Young Prince*; young adult novel; 21st century.

¹ Para citar este artículo: Aparicio Durán, P. (2025). Un principito para el siglo XXI. A propósito de *El regreso del joven príncipe* de Alejandro G. Roemmers. *Álabe* 31. DOI: 10.25115/álabe31.10211

1. Introducción. Texto y contexto del *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry

El Principito, la novela corta escrita por el piloto y polifacético escritor Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944) ha venido siendo, desde su publicación, una obra esencial de la literatura francesa que, progresivamente, ha tomado una singular relevancia internacional hasta convertirse en lo que se entiende como un *longseller* del que se siguen vendiendo un millón de ejemplares al año.

En un primer momento se editó en Estados Unidos donde el autor francés se encontraba exiliado desde 1940 a causa de la II Guerra Mundial que asolaba Europa; por tal razón, vio la luz primero en la editorial neoyorkina Reynal & Hitchcock, en 1943; posteriormente, ya en 1945, se imprimió en Francia gracias a la prestigiosa Gallimard, que lo convierte en referencia para el público infantil. En puridad, la novela no debiera considerarse exclusivamente dirigida a los niños (sucede lo mismo que con *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez), sino para lectores de cualquier edad, en tanto los temas que trata tienen ese carácter universalista y en ella abundan los símbolos y arquetipos de personajes con moralidad diversa que, tras ser preguntados por su vida y escuchados con toda atención, permiten al protagonista sacar sus propias conclusiones en ese deseo de ampliar conocimientos desde una actitud vital que confronta claramente con la del interpelado (el rey, el vanidoso, el borracho, etc.), que, a diferencia de aquel, no persigue el perfeccionamiento ético. Por tal razón parece plausible entender que, con su mirada limpia de prejuicios, los niños/as podrán acercarse al sentido del texto que, en nuestra opinión, no implica que sean capaces de interpretar la multiplicidad de alcances profundos que proyecta la simbología que se articula en la obra (y, si se nos apura, tampoco les hace falta). Tal y como apunta Aguilar, la obra posee

una lógica sana y propia del niño que tal vez sea en realidad la verdadera substancia humana, pues remite al estado natural del hombre. Ese estado natural destaca valores intrínsecos, la intencionalidad de desplazarse, de iniciar una acción de búsqueda, la reflexión, la capacidad de escucha, la comunicación, la prioridad de los sentimientos en la vida. Todos ellos se confrontan con los valores materialistas dominantes en el siglo XX agobiado por las grandes guerras” (2000: 173-174).

Hay un juego dialógico recurrente -con el que se cierra cada capítulo- entre la manera de entender la realidad o de buscar explicaciones razonables a esa realidad por parte del Principito y las respuestas/actitudes y obsesiones de los personajes con los que se encuentra, todos adultos. El propio autor, que despliega a lo largo de la novela su habilidad para ponerse en la piel de un niño (un niño diferente como fórmula, eso sí) que busca respuestas a las actitudes de los adultos, así lo considera: “las personas grandes nunca comprenden nada por sí solas, y es agotador para los niños tener que darles siempre y siempre explicaciones” (2020: 10). El propio Saint-Exupéry ya había afirmado en la dedicatoria a su amigo León Werth:

Pido perdón a los niños por haber dedicado este libro a una persona grande. Tengo una seria excusa: esta persona grande es el mejor amigo que tengo en el mundo. Tengo otra excusa: esta persona

grande puede comprender todo; hasta los libros para niños. Tengo una tercera excusa: esta persona grande vive en Francia, donde tiene hambre y frío. Tiene verdadera necesidad de consuelo. Si todas estas excusas no fueran suficientes, quiero dedicar este libro al niño que esta persona grande fue en otro tiempo. Todas las personas grandes han sido niños antes. (Pero pocas lo recuerdan). Corrijo, pues, mi dedicatoria: A LEÓN WERTH CUANDO ERA NIÑO. (2020: s/p)

Al margen de la propia opinión del autor, la razón por la que se circunscribió en Francia a Saint-Exupéry al público de edades tempranas únicamente se fundamentó en las circunstancias políticas; es decir, el contexto sociohistórico en el que el escritor construye su obra literaria es el que viene a marcar la recepción *a través de un inconsciente ideológico* a la par que un sesgo institucional (de las clases dominantes) que marcan el destino de “lo literario” (Rodríguez 1990). Esto es: si consideramos el enfrentamiento, en relación con la estrategia que debía aplicar Francia durante las II Guerra Mundial, entre Saint-Exupéry y el brigadier general De Gaulle por la necesidad (evidente para el primero, innecesaria para el segundo) de que los norteamericanos participaran en la contienda a fin de frenar el avance del nazismo. Tal era el encono de De Gaulle que, cuando fue nombrado Presidente Provisional de la República (1944-1946), Presidente del Consejo de Ministros de la República Francesa y Ministro de Defensa de Francia (1958-1959) y, finalmente, como Presidente de la República Francesa (1959-1969), se ocupó de que el escritor quedase restringido casi exclusivamente al público infantil y se le diera únicamente carta de naturaleza canónica a *El Principito*. Así lo apuntan Morata Santos, Mayoral Sánchez y Rodríguez Martínez, “tras la desaparición del aviador en una misión de reconocimiento aéreo con los aliados, el general y sus seguidores, no pudiendo borrar la memoria del autor francés más leído de todo el siglo XX, secuestraron su fama bajo la “etiqueta” de escritor juvenil” (2024:167).

Esto implica que queden, por tanto, casi olvidadas *Correo del Sur*, la premiada *Vuelo Nocturno*, *Carta a un rehén* (1943), la póstuma *Ciudadela* (1948) o su *Tierra de hombres*, narración memorialística con la que obtuvo en 1939 el prestigioso galardón de novela de la Academia Francesa.

2. *Las personas grandes son bien extrañas. El Principito con relación a los conceptos de canon escolar y literatura juvenil*

El punto de partida debe ser definir el concepto clave de ‘canon escolar’ y para ello nos basaremos en lo expuesto por Cerrillo Torremocha que considera que lo conforman “obras que [...] contribuirán a la formación de la competencia literaria del alumno, al tiempo que le pondrán en contacto con estilos, autores y momentos representativos de nuestra historia de la literatura” (2013: 26). Pero esto no funciona de una forma objetiva ni transparente, tal y como explicita Sánchez García que, en numerosos ensayos ha evidenciado los mecanismos de encubrimiento aplicados por el sistema que tiene el control de la producción discursiva (valga Sánchez García, 2019 y 2020, por ejemplo). Se refiere

a esas élites que, aunque cada vez tengan menos fuerza, intentan mantener el control en tanto en cuanto se consideran legítimos depositarios de la “nobleza cultural” a la que se refería Bourdieu (1998).

Pero nos quedan dos cuestiones que abordar: una, el acto de leer, entendido como “proceso dialéctico entre un texto y un lector, proceso en el que éste aporta su disposición emocional y afectiva, sus propósitos, su experiencia, su conocimiento del mundo y del tema; es esa aportación, en interacción con las características y propiedades del texto la que permite comprender, construir un significado sobre este texto a ese lector” (Solé, 2008: 18). Y la otra cuestión, que es central: la literatura que se trabaja en las aulas primordialmente, la literatura denominada juvenil, que es aquella que, por sus características, le resulta valiosa (en cuanto a su formación integral) y, a la par, interesante al público lector de esas edades concretas que la asumen como algo propio. Y, en esa suma de obras que marcan en la etapa de edad que va de los doce o catorce años en adelante, se encuentra *El Principito* de Saint Exupéry, traducida ya a más de 603 idiomas y dialectos². Coincidimos en esto con lo dicho por López Valero atendiendo a que:

requiere de un pensamiento ya formado y una notable capacidad de abstracción, por lo que la correcta interpretación y entendimiento del texto vendrá dada a partir del segundo ciclo de la Educación Secundaria Obligatoria, es decir, catorce años en adelante. Es a partir de esa edad cuando la persona por sus vivencias y experiencias está en condiciones de comprender la gran carga metafórica y semántica basada en valores que el texto del autor francés posee (2002:170).

Vayamos ahora a la obra, que implica una valiosa reflexión filosófica sobre el sentido último de la vida, la felicidad, el compromiso con los otros, lo perverso de los prejuicios, la naturaleza, la solidaridad, el amor, o la muerte. En ella se narran el encuentro entre un piloto (que ejerce de narrador) que ha tenido un accidente con su avión en el desierto del Sahara y un joven hombrecillo, el Principito (al que se define como “un hombre puro”, 2020: 60) repleto de preguntas que pondrán al aviador en serios compromisos en ocasiones. Una vez que se hacen amigos (cuando el aviador le dibuja una caja que -teóricamente- contiene un cordero), el aviador se entera de que viene de otro planeta muy pequeño del que arguye tener “serias razones para creer que ... era el asteroide B 612” (2020: 18); allí, diariamente, deshollina sus tres volcanes, arranca los contumaces baobabs para que no se expandan como una plaga, elimina las malas hierbas y protege una flor orgullosa y algo tirana y embustera con la que convive. Decide viajar a otros mundos para instruirse y así va tratando a diversos personajes atendiendo a que cada episodio es una etapa de su periplo: un rey sin súbditos -pues es el único habitante de su planeta- y que le aporta apreciables juicios: “hay que exigir a cada uno lo que cada uno puede hacer [...] la autoridad reposa, en primer término, sobre la razón (p. 39) o “es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que a los demás” (p. 41). El segundo planeta al que llega lo ocupa igualmente una única persona, un vanidoso, que pronto le ayuda a descubrir que “los vanidosos no oyen sino las alabanzas”

² Fuente: Fundación Jean-Marc Probst por *El Principito*. On line: <https://www.petit-prince-collection.com/index.php> (consultado el 17 de septiembre de 2024). Hace algunos años, Gordino (2008) indicaba 350 lenguas.

(p. 43). Rápidamente se marcha y la tercera visita es a un bebedor rodeado de botellas, lo que le causa una honda melancolía porque es consciente de que se encuentra en un círculo vicioso: bebe para superar la vergüenza de ser un borracho. Continuando con su periplo, en el cuarto mundo habitaba exclusivamente un hombre de negocios dueño de las estrellas: “yo poseo las estrellas porque jamás nadie antes que yo soñó con poseerlas” (p. 48). Es en ese momento cuando el principito se plantea el concepto de utilidad: “pero tú no eres útil a las estrellas” (p. 48). La siguiente visita es a un planeta donde cabían únicamente un farol y un farolero dedicado a apagarlo y encenderlo; a ojos del Principito, “es el único que no me parece ridículo, quizá porque se ocupa de una cosa ajena a sí mismo” (Roemmers, 2008a: 52). El sexto, el más grande de los planetas visitados, lo habitaba un anciano geógrafo dedicado a la cavilación que le aconseja viajar a la Tierra; aquí llega al desierto y se va encontrando con diferentes personajes; primero una serpiente, luego una flor, más tarde un jardín de rosas, un zorro filósofo que le hace énfasis en que “solo se conocen las cosas que se domestican. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos” (Roemmers, 2008a: 69).

No debe olvidarse que el primer contacto que establece, ya en la Tierra, es con animales y plantas que poseen un valor simbólico; en concreto, la serpiente, la flor solitaria, la montaña donde sólo se escucha el eco de su voz, las rosas que conforman la rosaleda (que le producen un gran abatimiento al considerar sus exiguas propiedades) y el zorro, el más interesante de todos, porque aporta una cuestión muy importante que se fundamenta en el vocablo “domesticar”. El primero de los personajes terrenales intervinientes es la serpiente, que, según Cirlot, “es simbólica por antonomasia de la energía, de la fuerza pura y sola; de ahí sus ambivalencias y multivalencias. [...] en el desierto, las serpientes son las fuerzas de la destrucción” (1992, 406-407). De hecho, cuando el Príncipe le consulta sobre la razón de utilizar siempre enigmas para explicarse, ella misma asevera “yo los resuelvo todos. Y quedaron en silencio” (Saint-Exupéry, 2020: 62). Efectivamente, ella resuelve y puede propiciar hasta el último enigma que es la muerte.

Vayamos al zorro ahora; explica la raposa que no puede jugar con el principito porque no está domesticado que, desde su punto de vista implica “crear lazos [...]”, unos lazos caracterizadores que obligan a hacerse necesario para el otro; así se explica:

para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero si me domesticas tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo [...] Solo se conocen las cosas que se domestican- dijo el zorro- los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada [...] Si quieres un amigo, ¡doméstícame! (2020: 67-69).

Es decir, la amistad supone, a ojos del escritor, una suerte de adaptación al otro (véanse las dos acepciones del verbo “domesticar” en el DRAE: ‘Reducir, acostumbrar a la vista y compañía del hombre al animal fiero y salvaje’ y/o ‘Hacer tratable a alguien que no lo es, moderar la aspereza de carácter.’ (2014: on line). A pesar de lo que implica

de creación de una dependencia entre sujeto que somete/domestica y sujeto sometido/domesticado, decide finalmente amaestrar al zorro³; la lección llega cuando debe continuar el viaje y el zorro siente una insondable tristeza que el principito le viene a explicar: “tuya es la culpa –dijo el Principito–. No deseaba hacerte mal, pero quisiste que te domesticara...” (2020: 70). Habría que hacer un análisis interpretativo de cómo se concibe la amistad en Saint-Exupéry (parcialmente distinta de la percepción aristotélica [2014] o la kantiana [1989], por ejemplo, que lo entienden con virtud que implica necesariamente igualdad y crecimiento moral compartido, si bien participan de la idea con Saint-Exupéry de que es necesaria para el desarrollo del individuo); pero esto es materia de otro estudio.

Sigue su camino el Principito hasta encontrarse con seres humanos: un guardaguasas, un mercader... y todas esas historias son las que le cuenta luego al piloto, que es el único de todos los personajes con el que se produce una empatía casi plena en relación con los temas tratados. A nuestro juicio es porque no ha perdido su alma de niño, como se descubre igualmente en los dibujos incorporados en la novela (resulta muy interesante la reiteración por parte del joven de la afirmación: “las personas grandes son bien extrañas” (2020: 41), cuando el adulto trata de aplicar razonamientos no lógicos); a la par, el aviador se desespera por las dificultades para arreglar su aeroplano y el problema gravísimo que supone no hallar agua, excepcional tesoro en el desierto; sin embargo, gracias a una idea del muchacho, consigue encontrar un pozo en el que ambos sacian su sed.

Pero llegados a ese punto, el año de aventuras del Principito, donde se han conjugado acción e introspección aplicando un lenguaje comprensible, llega a su fin; de esta manera, con la melancolía por lo que supone el alejamiento tras haber construido una amistad hermosa en ese poco tiempo que han compartido y con una serie de aprendizajes prácticos a raíz de las conversaciones con las personas con las que se ha relacionado, el tránsito llega a su término. El muchacho debe irse con los aprendizajes adquiridos durante su periplo mediante el análisis especulativo para aplicarlos en su realidad cotidiana. De su desaparición no se dan demasiados detalles, no se explicita demasiado: “no hubo nada más que un relámpago amarillo cerca de su tobillo. Quedó inmóvil un instante. No gritó. Cayó suavemente, cómo cae un árbol. En la arena, ni siquiera hizo ruido” (Roemmers, 2008a: 91)⁴. Luego, la continuación que cierra la novela se produce seis años después cuando el aviador revela, con melancolía que sabe que “volvió a su planeta, pues, al nacer el día, no encontré su cuerpo. Y no era un cuerpo tan pesado...” (2020: 91); y, así, sigue recordándolo cada día:

Me olvidé de agregar la correa de cuero al bozal que dibujé para el principito. No habrá podido colocársela nunca. Y me pregunto: “¿Qué habrá pasado en el planeta? Quizá el cordero se comió la

³ Y esto implica: “[...] como digo que eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa” (2020: 73-74). Es decir, que no se presenta la amistad en términos de igualdad. El mismo lo asume en su despedida: “Sabes? ..., mi flor..., soy responsable. ¡Y es tan débil! ¡Y es tan ingenua! Tiene cuatro espinas insignificantes para protegerse contra el mundo...” (2020: 90).

⁴ Esto, de alguna forma, enlaza con el encuentro con la serpiente que, recuérdese que: “sin rojo alrededor del tobillo del principito como un brazalete de oro. –A quien toco, lo vuelvo a la tierra de donde salió–dijo aún-. Pero tú eres puro y vienes de una estrella. El principito no respondió nada. (2020: 60). Y el principito, a lo largo de toda la novela, tiene siempre réplicas para todo y para todos.

flor... A veces me digo: ¡Claro que no! El Principito encierra todas las noches la flor⁵ bajo un globo de vidrio y vigila bien a su cordero... Entonces me siento feliz. Y todas las estrellas ríen dulcemente (2020: 91).

3. Alejandro G. Roemmers, *El regreso del joven Príncipe*

Con el paso de las décadas, *El principito* se ha ido convirtiendo en un clásico que ha pasado de generación en generación, adoptado como libro para niños y, especialmente, para adolescentes. Y, en esa línea de honrar una ficción que tiene un singular sentido en su trayectoria como lector, el polígrafo⁶ argentino Alejandro G. Roemmers (Buenos Aires, 1958) inició con esta novela juvenil una saga que supone recuperar las meditaciones cardinales por las que transitó Saint-Exupéry y que están determinadas por la trama de la composición original. Poco después de que Roemmers publicase *El regreso del joven Príncipe* (2008) vieron la luz también diferentes versiones adaptaciones con voluntad de acercarlo al público infantil español; en concreto, por ejemplo, la novela gráfica de Sfar (2008), de Gérard-Gaucher (2014), la de Rubio-Barreau (2015) o la de Alcázar Colilla (2018). No obstante, la línea del escritor argentino es otra y se centra en mantener el legado, tal y como atestigua en el prólogo D' Agay, presidente de la Fundación Saint-Exupéry:

Este Principito no es más que el mismo Saint-Exupéry. Es su alma de niño que creció sin volverse jamás realmente adulta, viviendo en el cielo y las estrellas en busca de la tierra de los hombres, responsables y únicos. Al partir, nos legó un tesoro y nos pidió con vehemencia en la última frase del libro: "No me dejéis tan triste. Escribidme enseguida, decidme que El Principito ha vuelto" (Roemmers, 2008a: 7).

Efectivamente, supone el regreso del personaje, pero a la realidad de un mundo distinto en las formas (del mercado, la tecnología), como es el del siglo XXI, pero en el que perviven casi idénticos conflictos emocionales y las mismas preocupaciones y angustias básicas que se reflejaban en la obra del francés. El bonaerense lo explica en el comentario preliminar:

Como muchos otros que han leído *El Principito*, compartí la pureza de su mensaje y me entristecí junto con Saint-Exupéry cuando ese niño, que había llegado a lo más profundo de mi corazón, se vio obligado a regresar a su asteroide. No comprendí, hasta algún tiempo más tarde, que el odio, la incompreensión, la falta de solidaridad, la visión materialista de la existencia y otras tantas amenazas le habrían impedido vivir en nuestro planeta. Muchas veces me he preguntado, tal vez como

⁵ Se reitera la dependencia de la rosa (cfr., 2020: 31-34), que presenta al inicio como "su amiga".

⁶ Es también autor de poemarios como *Ancla fugaz* (1982) *España en mí* (1996), *Como la arena* (2001), *La mirada impar* (2014) o *Sonetos del amor entero* (2019), entre otros.

tú, qué habría sido de ese niño tan especial si hubiera seguido viviendo entre nosotros. ¿Cómo habría sido su adolescencia? ¿Cómo habría podido preservar intacta la frescura de su corazón? (Roemmers, 2008a: 11-12).

Y en esa línea se conforma el argumento en el que, estructurado en veinte capítulos a los que se añade un epílogo breve; Roemmers nos presenta a un conductor cuyo nombre no se indica (sucede como en el caso del piloto) que, en mitad de una carretera de la desértica Patagonia argentina⁷, se encuentra tirado en el arcén a un muchacho cuya primera definición va a resultar definitoria:

Lo que había tomado equivocadamente por una manta era en realidad una larga capa azul con charreteras, que por momentos dejaba ver su interior púrpura, de la cual surgían unos pantalones blancos, como los que usan los jinetes, introducidos en dos relucientes botas de cuero negro. El conjunto confería al muchacho un aire principesco, incongruente en aquellas latitudes. La bufanda de color trigo que ondeaba al descuido en la brisa de primavera se confundía a veces con sus cabellos, lo que le daba un aire melancólico y soñador. (*Ibid.*: 21).

Naturalmente lo socorre, lo sube a su coche y, tras dejarlo descansar, empiezan una conversación en la que el adulto se queda desconcertado al principio (“¿Quién era aquel joven radiante de inocencia que sacudía como un terremoto el sistema de creencias que yo había heredado?”, 2020: 25). El muchacho no indaga sobre lo evidente: la ruta, lo que tardarán en llegar, si le viene bien para llegar a su destino no declarado. Inquieta sobre qué es un problema y qué se hace cuando se tiene uno⁸, cómo se evita el sentimiento de culpa, la realidad frente al concepto que tenemos de realidad, si es igual para todos los seres humanos, qué implica vivir, la función del destino, etc. El adulto se afana en tratar de resolverle las dudas y de aportarle algunas ideas de su propia metafísica:

La mayor parte del sufrimiento humano deriva de la resistencia a las circunstancias que nos rodean y de las fricciones entre los seres humanos y las leyes del mundo. El hombre sabio está en armonía con todo lo que existe. Contempla la realidad y se da cuenta de que todo cuanto existe, le guste o no, es como debe ser. Sabe además que antes de mejorar algo en el mundo, hay mucho que mejorar dentro de uno mismo. (Roemmers, 2008b:37).

⁷ Obsérvese, nuevamente la acción se desarrolla en un espacio aislado y desértico.

⁸ —Un problema es como una puerta de la cual no tienes la llave.
—¿Y qué haces cuando te encuentras con un problema? —quiso saber el joven, cada vez más interesado por la conversación, aunque su vista permanecía perdida en la distancia.
—Bueno, lo primero es ver si el problema es realmente tuyo, si está obstruyendo tu propio camino. Eso es de vital importancia —le expliqué— porque hay mucha gente que se mete en las cosas de otros aunque estos no les hayan pedido ayuda. Pierden el tiempo, derrochan fuerzas y no dejan que los demás encuentren sus propias soluciones. Noté cómo él asentía ante esta evidente verdad, tan difícil de aceptar para muchos adultos.
—¿Y si el problema es tuyo? —continuó, volviéndose hacia mí.
—Entonces debes encontrar la llave apropiada y luego introducirla correctamente en la cerradura.
—Parece sencillo —concluyó el joven con gesto elocuente.
—No lo creas —respondí—. Hay quienes no encuentran la llave, y no porque les falte imaginación, sino porque no quieren probar dos o tres veces las llaves que tienen, y en ocasiones ni siquiera lo intentan. Quieren que les pongan la llave en la mano o, aún peor, que venga alguien a abrirles la puerta. (2008:29-30).

De hecho, en algunas de esas respuestas encontramos influencias machadianas (de *Proverbios y cantares*) muy claras; valga como ejemplo ésta, con relación al camino como concepto-metáfora de evolución en la vida: “Cada uno va haciendo su propio camino al andar y lo proyecta hacia adelante con sus pensamientos, deseos y emociones, atrayendo lo que hay en ellos”. (Roemmers, 2008a: 39)⁹.

Poco a poco y conforme se crea una confianza entre ambos, especialmente a partir del capítulo VI, va descubriendo que, quien le acompaña, no es otro que el Principito; porque hay inferencias intertextuales constantes a la obra primigenia (el cordero, la flor, antes el borracho, etc.); el joven le cuenta que ha regresado porque necesita pedir explicaciones a su viejo amigo aviador al sentirse engañado¹⁰.

Entonces aboradas la historia: el aviador le hizo un dibujo de un cordero metido en una caja que él pensó que era verdadero pero, al regresar a su asteroide, una mala hierba de las que arrancaba cotidianamente, apoyándose en fotografías e inteligencia artificial, y buscando salvarse de ser arrancada, le ha hecho ver que éste lo había mentido: que resulta imposible, por las dimensiones de la caja dibujada, que dentro cupiese un cordero:

esta es una imagen que capta la realidad exactamente como es. Como puedes ver, un cordero sobrepasa la cintura de un niño. Si me lo hubieras consultado, acudiendo a la inteligencia artificial a la que estoy conectada, te hubiese explicado que los corderos, incluso los recién nacidos, miden más de los veinte centímetros que tiene la caja. Lo siento, amo, me duele tener que decirte esto, pero como servidora tuya debo advertirte contra ese mal llamado amigo que se ha aprovechado de tu confianza, porque la caja, en realidad, está vacía. (Roemmers, 2008a: 51).

Desde ese instante la hierba se convierte en su consejera e instruye al Príncipe en diferentes disciplinas (matemáticas, física, economía, etc.), lo que provoca que vaya perdiendo progresivamente su ilusión, que empiece a dudar de todo lo que le han contado los personajes saint-exuperianos que ha conocido en el pasado¹¹ y, finalmente, decida regresar a la tierra a pedir explicaciones al piloto. Extremadamente apenado, deja de preocuparse y de dedicar la atención que precisa su planeta, su rosa tan preciada, los atardeceres que

⁹ Nos referimos, naturalmente al poema XXIX de *Proverbios y cantares*:
Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar. (Machado, 2003: 42).

¹⁰ “Yo estoy buscando a alguien a quien hace tiempo que no veo: se parece un poco a ti, pero tiene una máquina que vuela. [...] Fue en ese momento, al tratar de imaginar la figura del aviador al que sonreían las estrellas, cuando me di cuenta de quién era mi acompañante, comprendí de quién se trataba. ¡Pues claro! El cordero, la flor, la capa azul... Tendría que haberlo reconocido desde el principio, pero estaba demasiado absorto dentro de mi propio y recóndito asteroide...” (2008: 46-47)

¹¹ “Me advirtió sobre las maliciosas artimañas de las flores y el comportamiento traicionero de los hombres. Fui introducido en las ciencias químicas y físicas y aleccionado en las más modernas estadísticas y variables económicas. Aprendí docenas de juegos virtuales sobre una de sus hojas encendida como una pantalla multicolor. Pero sin mi cordero, los días se hicieron más largos y los anocheceres más tristes” (Roemmers, 2008a: 53).

antaño lo hacían tan feliz: “Fue el día más triste de su vida. Desde entonces no estuvo seguro de nada ni de nadie. Ya ninguna puesta de sol pudo consolarlo...” (Roemmers, 2008a: 51). Tal y como le hace ver el conductor: “lo que has perdido es la alegría de vivir, la propia felicidad...” (*Ibid.*: 56). Esto, que parece ser cierto, se va reconduciendo a lo largo de la novela gracias a las incansables conversaciones entre ambos que propician una reconstrucción interior del Joven Príncipe¹², en un proceso que va conformándose con diversas peripecias (atropello de una perra, el regalo de un cachorro que El Príncipe, a su vez, da a otros niños que lo necesitan más, el encuentro final con un supuesto mendigo...). Pero lo primordial son las conversaciones, los diálogos incesantes cargados de sentido como herramienta para lograr el proceso de sanación emocional del protagonista. En esos tres días de viaje y, guiado por las interpelaciones del joven, el conductor cavila en voz alta sobre el significado/valor de la existencia, la búsqueda de la felicidad, el compromiso como miembro de una comunidad/sociedad concreta en la que se imbrica, los efectos negativos de los prejuicios, la función de las redes sociales¹³, la relación del ser humano con la naturaleza, la importancia de la solidaridad, el impacto de las nuevas tecnologías en la humanidad¹⁴, el amor, la noción de lo divino (Dios) y la muerte.

El final, inesperado, supone que el joven Príncipe, recuperada su identidad interior, reconstruido su *yo-soy* pleno de cualidades (aprecio de la amistad, valoración de lo esencial -aunque sea invisible a los ojos-, la curiosidad como motor del pensamiento crítico, el compromiso con los débiles para favorecer la convivencia, al modo en que lo entiende Quiles Cabrera, 2016) y ya integrado en la realidad contemporánea, toda vez que se ha vestido como un chico del siglo XXI, se marcha con otra persona, un indigente que necesita su ayuda, pero ya ha quedado inaugurada una fraternal camaradería entre ambos que ninguno de los dos olvidará y que se suma a la de su anterior visita al planeta Tierra. El sentido del mensaje de Saint-Exupéry, explicitado con un vocabulario cuidado pero claro, pleno de sensibilidad alejada de la cursilería, se reafirma con *El regreso del Joven Príncipe* alentando a cualquier persona que se acerque a la obra a meditar sobre la lección principal de que ya avisaba Saint-Exupéry en *El Principito*: “no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos” (2020: 87)¹⁵.

¹² “[...]comprendí que tarde o temprano todos debemos emprender un arduo viaje hacia el fondo de nosotros mismos” (Roemmers, 2008a: 56).

¹³ Aportamos ésta porque resulta muy interesante que el Joven Príncipe concluya tras la charla: “Se centran tanto en los medios que descuidan el fin. Y como las redes sociales no pueden proporcionar lo que nos dan la compañía o el abrazo de alguien que nos quiere de verdad, son víctimas de la ansiedad, la depresión y la desesperación” (Roemmers, 2008a: 71).

¹⁴ A propósito de este asunto, Roemmers ha declarado: “el progreso no nos va a llevar a ninguna parte. Toda la revolución tecnológica y comunicacional tiene que estar acompañada por una revolución espiritual porque si no, seguramente nos vamos a comunicar pero no habrá experiencias que nos enriquezcan. Hoy se busca que las cosas sean rápidas y somos una sociedad que premia solo el buen resultado. Pero yo me resisto a eso: sí hay que tratar de tener buenos resultados pero no de cualquier manera ni a cualquier precio. Creo que importa la forma como se hacen las cosas, no solo es importante llegar.” (Roemmers, 2008a, s/p).

¹⁵ Se reafirma lo que el propio Roemmers ha declarado en una entrevista: “Siempre lo pensé como un homenaje al Principito y a su autor. Creo que es un complemento espiritual que prolonga, amplifica y le da actualidad al mismo mensaje, con un lenguaje universal, tal como el que utiliza la obra original de Saint-Exupéry. Diría que es una segunda etapa, más que una continuación”. (Roemmers, s/f, s/p, on line).

4. Conclusiones. En busca del sentido de la vida

Escribió Saint-Exupéry algo que subyace tanto en *El Principito* como en *El regreso del Joven Príncipe*: “Il faut retrouver le sens de la vie” (es decir: debemos redescubrir el sentido de la vida). Ambas obras, con un lenguaje poético que no desdeña lo filosófico abordan esta cuestión permanente en el recorrido vital pero que asienta sus fundamentos en la educación primaria y, esencialmente, en la etapa de secundaria (12-16 años).

Ya avisaba Savater (1997) de la necesidad del despertar la conciencia al hecho de que la educación es un valor esencial que resulta imprescindible trabajar desde un enfoque crítico constructivo que propicie la generación de ideas, de pensamiento complejo (siguiendo la perspectiva de Kincheloe, 2001). Se busca que, a la par, se propicie el desarrollo de la creatividad (García Rivera, 1995) transmitiendo unos valores (o contravalores) que se puedan reformar o deconstruir en la línea de lo expuesto por Schwarz (2001). *El Principito* y *El regreso del joven Príncipe*, desde la literatura y cada una hija del tiempo en que han sido escritas, vienen a incidir en esto. En palabras de Caldera que responden al interés de ambas obras, “leer bien es la clave, no leer mucho. Leer bien, sobre todo lo que merece ser leído” (Caldera, 2014: 35). Los docentes tienen la obligación de enseñar a leer bien y en ese proceso fomentar la aptitud del alumnado para alcanzar a hacer una interpretación del mundo que se funde en la observación reflexiva; será la base para adquirir valores de compromiso ético (Ocampo González y López Andrada, 2020) que se pueden asociar a lo literario porque, como ya aseveró López Valero:

Los valores están incluidos dentro del universo literario, sólo que es preciso descubrirlos y discernir si se pueden adaptar a nuestra vida cotidiana o no. Dicha situación conlleva un proceso de lectura y reflexión acerca de los contenidos que los textos literarios nos aportan (2002: 167).

Previamente, los docentes tenemos que haber logrado un desarrollo eficaz de nuestra educación literaria (Campos Fernández-Fígares, 2021) para así poder aprovechar nuestras experiencias lectoras y vitales para transmitir las al alumnado de una forma didáctica, desde la conciencia de que fomentamos el crecimiento personal para animar a “los nuevos lectores a andar caminos que lectores expertos ya han trazado” (Martos Núñez, 2013: 346). De ahí la necesidad de una buena selección de los textos, de crear vínculos entre obras que pertenecen ya al canon (concebido al modo de Sánchez García, 2018) y otras que se han publicado en los últimos años y que parten de la evidencia de poseer un valor que las legitima. Y, de fondo, se intuye, por momentos aquellos versos tan conocidos de la “Ítaca” de Kavafis:

*Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.*

Ése es el camino que inauguró en su día *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry y que se completa con cuestiones más contemporáneas que afectan a la cotidianidad de los adolescentes de la mano de Alejandro G. Roemmers con el tributo que implica *El regreso del Joven Príncipe*.

Referencias

- Alcázar Colilla, J. (2018). *El Principito*. Adapta.
- Aristóteles (2014). *Ética a Nicómaco*. Gredos.
- Aguilar, A. R. (2000). Crear vínculos. Mirar con el corazón. *Letras*, 32, pp. 171-180.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Caldera, R. (2014). *Una invitación a leer...mejor*. Rialp.
- Cirlot, J. E. (2002). *Diccionario de símbolos*. Labor.
- Campos Fernández Fígares, M. (2021). La educación literaria de nuestros maestros: un poco de historia. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 894, pp. 10-15.
- Cerrillo Torremocha, P. (2013). Canon literario, canon escolar y canon oculto. *Quaderns de filologia. Estudis literaris*, 18, pp. 17-31.
- García Rivero, G. (1995). *Didáctica de la Literatura para la enseñanza Primaria y Secundaria*. Akal.
- Gérard-Gaucher, V. (2014). *El principito*. Mis primeras lecturas. Panini.
- Gordino, O. (2008). Caminhos para a utilização de uma obra de literatura infantil- O Principezinho, de Antoine de Saint-Exupéry, como recurso para a abordagem e promoção da educação intercultural. *Álabe*, 1. DOI: <https://doi.org/10.15645/Alabe.2010.1.4>
- Kant, E. (1989). *Metafísica de las Costumbres*. Tecnos.
- Kincheloe, J. L. (2001). *Hacia una revisión crítica del pensamiento docente*. Octaedro.
- López Valero, A. (2002). Esencias de un pequeño príncipe. *Didáctica. Lengua y Literatura*, 14, pp. 161-174.
- Machado, A. (2003). *Proverbios y cantares*. Madrid. El País.
- Martos Núñez, E. (2013). Itinerarios y prácticas de lectura. En E. Martos Núñez y M. Campos Fernández-Fígares (coords.). *Diccionario de nuevas formas de lectura y escritura*. RIUL/Santillana, pp. 346. Disponible en [349.https://universidadeslectoras.es/proyectos/Diccionario-de-lectura-RIUL/195](https://universidadeslectoras.es/proyectos/Diccionario-de-lectura-RIUL/195)
- Morata Santos, M., Mayoral Sánchez, J. y R. Rodríguez Martínez (2024). Comunicación, educación y humanismo en la obra periodística de Antoine de Saint-Exupéry, CIC. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 29, pp. 165-176.

- Ocampo González, A. y López Andrada, C. (2020). Acontecimientos de Lectura: experiencia política y compromiso ético. *Álabe*, 21. DOI: <https://doi.org/10.15645/Alabe2020.21.9> (consultado el 12/8/2023).
- Quiles Cabrera, M. C. (2016). Didáctica del discurso en una escuela diversa e inclusiva: aprender lengua para la convivencia. En A. Martínez Ezquerro y M. Campos Fernández-Fígares (coords.). *Cultura en la diversidad. Educación lingüística y literaria en las aulas del siglo XXI*. Octaedro, pp. 91-108.
- Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [Consultado el 15/8/2024].
- Rodríguez, J. C. (1990). *Teoría e historia de la producción ideológica*. Akal.
- Roemmers, A. G. (2008a). *El regreso del Joven Príncipe*. Emece.
- Roemmers, A. G. (2008b). Entrevista. “El regreso del joven príncipe, de Alejandro Roemmers”. Selecciones, s/p. En Línea: <https://selecciones.com.ar/historias-reales/inspiracion/el-regreso-del-joven-principe-de-alejandro-roemmers/> (Consultado el 11/7/2024).
- Rubio-Barreau, V. (2015). *El Principito en versión infantil*. Panini.
- Saint-Exupéry, A. (1945). *Le Petit Prince: avec les dessins de l'auteur*. Gallimard.
- Saint-Exupéry, A. (s/f) Lettre au gelléral. En *Le Petit Prince*. Gallimard, (Edición integral anotada por Rudolf Strauch) p. 5.
- Saint-Exupéry, A. (2015). *El Principito en versión infantil*. Edición de Vanessa Rubio-Barreau. La Coccinella -Panini España.
- Saint-Exupéry, A. (2016). *El Principito. Mis primeras lecturas*. Edición Virginia Gérard-Gauchet. La Coccinella -Panini España.
- Saint-Exupéry, A. (2018). *El Principito*. Adaptación de Javier Alcázar Colilla. Adapta.
- Saint-Exupéry, A. (2020). *El Principito*. Salamandra.
- Sánchez García, R. (2018). *Así que pasen treinta años. Historia interna de la poesía española*. Akal.
- Sánchez García, R. (2019). Cuando la Literatura (también) es ideología. Del canon literario al canon escolar. En M. Campos Fernández-Fígares, M. del C. Quiles Cabrera (coords.). *Repensando la didáctica de la lengua y la literatura: Paradigmas y líneas emergentes de investigación*. Visor, pp. 131-144.
- Sánchez García (2020). Entre los estudios culturales y el canon literario. Estudio contrastivo de la enseñanza de la poesía en español en los Master in Arts de las universidades de

Estados Unidos. *Porta Linguarum: revista internacional de didáctica de las lenguas extranjeras*, 34, pp. 75-90.

Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Ariel.

Schwartz, S. H. (2001). ¿Existen aspectos universales en la estructura y contenido de los valores humanos? En M. Ros y V. Gouveia (coords.). *Psicología social de los valores humanos. Desarrollos teóricos, metodológicos y aplicados*. Biblioteca Nueva, pp. 53-77.

Sfar, J. (2008). *El Principito (Cómic basado en la obra de Antoine de Saint-Exupéry)*. Salamandra.